

## *El oráculo de Delfos*

Los cuatro jinetes, de repente, dejaron de bromear. Habían llegado a los pies del Parnaso, y la presencia del dios Apolo, el más implacable del Olimpo, se hacía sentir en el aire. Con sus corazas de bronce, los cuatro jinetes habían atravesado, procedentes de la ciudadela de Atenas, las llanuras y los montes del Citerón y el Helicón, y en su camino habían inspirado en quienes los contemplaban el mismo temor que ellos ahora percibían en las inmediaciones del santuario de Apolo en Delfos.

El templo estaba situado entre dos muros de roca de color cobrizo y, por los destellos que despedían cuando el sol se reflejaba en ellas, recibían el nombre de Fedriadas, las Brillantes. A los lados de la vía sagrada que conducía hasta el santuario yacían las ofrendas de los que hasta allí acudían.

Rodeado de un semicírculo de elevadas montañas pobladas de abetos y dominando desde la altura el mar del golfo de Corinto, Delfos era el centro del mundo porque así lo había decretado Zeus: el padre de los dioses soltó dos águilas desde los extremos de la Tierra y éstas cruzaron su vuelo en el punto exacto en el que se elevaron después las murallas de Delfos. En ese lugar, el soberano de los dioses colocó una enorme roca blanca la-

brada, a la que llamó *ómphalos*, ombligo, y allí su hijo Apolo decidió levantar su principal santuario. Sin embargo, ello no fue fácil, porque el lugar estaba habitado por Python, una gigantesca serpiente, hija de la Tierra, que dominaba las regiones vecinas y que poseía el don de la adivinación. Sólo tras un encarnizado combate pudo Apolo levantar su principal morada en la Tierra. El dios llegó a la gruta en la que la serpiente dormitaba, enroscada con la boca unida a la cola. Sigilosamente, Apolo dio una vuelta en torno a ella, oscuro e implacable como la noche, pero, a pesar de su sigilo, la serpiente se despertó y comenzó a desenrollarse, preparada para trabar combate con el extraño. Con un rápido movimiento, alargó la cabeza y escupió su veneno contra el hijo de Zeus, que tuvo el tiempo justo para apartarse y preparar una de sus mortíferas flechas. Cuando la serpiente se erguía para llevar a cabo otro ataque, el dios disparó su arco de plata, la punta de la flecha penetró en la carne del dragón y fue, poco a poco, destrozando sus ponzoñosas entrañas. Sin comprender qué le ocurría, la serpiente se irguió para un nuevo ataque y, una tras otra, las flechas del «dios que dispara a lo lejos» la volvieron a atravesar, hasta que finalmente cayó desplomada sobre el suelo.

A continuación, Apolo recogió las gotas de veneno que habían quedado impregnadas en la roca y en la tierra y, con su sabiduría divina —porque conocía todo lo que se refería a venenos y pociones curativas—, preparó un brebaje, lo ingirió y adquirió así su capacidad profética.

Así fue como el santuario de Apolo en Delfos se convirtió en obligado lugar de peregrinación y todos aquellos que querían emprender un peligroso viaje o una guerra acudían al templo y preguntaban a los dioses cuál sería su destino.

Egeo, el *wánax* de Atenas, también vislumbraba amenazadoras sombras en su futuro, y por esta razón acudía a la morada de Apolo.

—A partir de aquí, se acabaron las bromas —ordenó con gesto severo el Señor de Hombres a los tres guerreros que le acompañaban, y éstos guardaron silencio, como si nunca hubieran tenido la capacidad de hablar.

Estos tres guerreros eran los *lawagetas* de Egeo, sus lugartenientes: a un solo gesto suyo se hubieran dejado matar en el campo de batalla y no pocas veces le habían salvado la vida en pasadas incursiones contra ciudadelas enemigas. Entre ellos imperaba un férreo sentido de la camaradería forjado a lo largo de los años y las aventuras; algunos de aquellos hombres incluso habían peleado junto a su padre y le habían visto crecer, y aunque no habían dejado de bromear con su wánax acerca del motivo que les llevaba hasta el ombligo del mundo, cada vez que Egeo daba una orden, ellos todavía sentían un estremecimiento bajo la armadura.

No en vano, el motivo por el que se encontraban allí respondía a una cuestión de Estado: el rey de Atenas, el Señor de Hombres, aún no tenía descendencia y sus tres hermanos —en especial Palante y sus hijos, que dominaban los territorios vecinos— ansiaban apoderarse de la ciudad consagrada a Atenea: los hermanos de Egeo solían proclamar que la ausencia de un heredero legitimaba aquellas ambiciones. Desde Mégara, desde Eubea y desde el sur del Ática, el círculo que los tres hermanos habían trazado en torno a Atenas se estrechaba más y más, y aunque Egeo había tomado como esposas a dos princesas —primero a Mélite y luego a Calcíope—, ninguna de ellas le había dado la deseada descendencia. Por ese motivo, para consultar al dios de los oráculos cómo poner reme-

dio a tan delicada situación, el señor de Atenas se había encaminado con sus tres hombres de confianza hasta el santuario sagrado de Delfos, en la montañosa Fócide.

Los cuatro jinetes llegaron a las puertas del templo y se apearon de sus caballos. El invierno era todavía un recuerdo cercano (sólo con las primeras flores Apolo regresaba del lejano país de los Hiperbóreos) y la noche no tardaría en caer: convenía apresurarse si querían conocer las revelaciones del dios antes de que acabara el día, de modo que tras atar sus monturas entraron en el templo sin dilación.

Allí encontraron a un anciano, el custodio del sagrado recinto, envuelto en un austero manto gris.

—Venerable sacerdote —dijo Egeo, al tiempo que depositaba en sus manos el *pélanos*, la torta de cebada que servía como ofrenda—, deseamos que el oráculo nos responda, sin ocultarnos ningún detalle, la pregunta que venimos a formularle.

—El oráculo ni responde ni oculta, solamente advierte —contestó la voz cavernosa del sacerdote de Apolo, clavando sus ojos blancos y ciegos sobre el rostro del rey ateniense—. ¿Os habéis purificado? Sabéis que la divinidad detesta que en su templo entren hombres con las manos manchadas de sangre y, por el ruido de vuestras armas, sospecho que lleváis derramada mucha sangre ajena a vuestras espaldas.

—Nos hemos purificado, venerable sacerdote —respondió humildemente Egeo.

—Sin embargo —añadió el anciano—, también sabréis que el dios aprecia la sangre de un ternero sobre su altar.

Sin mediar más palabras, Lykos, el más joven de los lawagetas de Egeo, se dirigió hacia su caballo y des-

cargó el ternero que traían preparado para el sacrificio. A continuación, se lo entregó a Egeo, que lo llevó cogido por las cuatro patas hasta el altar. El animal se arqueaba y mugía, acaso presintiendo su inminente holocausto. El sacerdote vertió el agua purificadora sobre la fría piedra del altar y Egeo sujetó firmemente al animal contra ella. Entonces, el sacerdote elevó una plegaria a Apolo y, acto seguido, atravesó con un cuchillo la garganta del ternero, que, junto a un río de sangre, dejó escapar por la abertura de la herida su último mugido. Después, el oficiante descuartizó al animal y procedió a quemar las partes incomedibles, aquellas que se reservaban para los dioses desde los tiempos del titán Prometeo; el resto, las carnes más jugosas, se repartieron convenientemente entre los cuatro hambrientos guerreros, que llevaban día y medio sin probar bocado, salvo el pan y las olivas que había traído el invierno. Luego, el sacerdote tomó su parte y, tras recoger los restos, procedió a reconstruir ritualmente la forma del animal sacrificado y le preguntó a Egeo cuál era la cuestión que quería plantear al dios de los oráculos.

—Deseo saber, oh sacerdote de Apolo, si los dioses me concederán un heredero y qué debo hacer para lograrlo.

—La divinidad te lo dirá —contestó el sacerdote, haciéndole un gesto con la mano para que pasara al interior de una estancia contigua. Los hombres de Egeo también quisieron traspasar el umbral, pero el anciano se lo prohibió con un enérgico movimiento de su mano.

Egeo comenzó a descender por unas escaleras que lo condujeron hasta una tenebrosa y fría cámara subterránea, el *ádyton*. La sala de las profecías se encontraba apenas iluminada por una débil luz verdosa. Una vapo-

rosa gasa, que hacía las veces de cortina, confería esa onírica tonalidad a una pequeña hoguera que ardía un poco más allá. El Señor de Hombres permaneció de pie, sobrecogido por la atmósfera sagrada del lugar. Tras la gasa, pudo adivinar la demacrada presencia de una figura femenina, era la Pitia, la voz humana del dios Apolo, que se disponía a celebrar sus divinos rituales: se acababa de purificar bañándose con el agua de la fuente Castalia, un manantial que debía su nombre a la joven muchacha que se había arrojado en ella cuando huía del propio Apolo. Ahora, la Pitia masticaba una hoja de laurel, mientras permanecía sentada sobre el trípode adivinatorio de la deidad, al lado del mismísimo *ómphalos*, el ombligo del mundo.

Egeo volvió a formular la pregunta.

—¿Qué he de hacer, oh Pitia, voz divina de Apolo, para tener descendencia? —y su voz retumbó en las paredes de la gruta.

La Pitia, entonces, envuelta en los vapores que brotaban del subsuelo a través de una grieta en la tierra, entró en éxtasis y comenzó a agitarse, como si el dios mismo la poseyera y se hiciera dueño de su cuerpo; se agitaba febrilmente y pronunciaba palabras que Egeo apenas podía comprender. Su voz parecía emerger de las profundidades del Hades y Egeo entendió que verdaderamente una fuerza sobrenatural hablaba por ella. Y entonces, como si el dios hubiera decidido abandonar su cuerpo, la Pitia dejó de emitir sonidos inconexos y se desplomó desfallecida sobre el suelo de la cámara. El rey de Atenas quiso ir hacia ella y descorrió ligeramente la gasa que les separaba: la visión de la Pitia provocó en él un estremecimiento. Lo que había sobre el suelo no era una mujer, sino un despojo cadavérico envuelto en una túni-

ca del color del laurel. Parecía que sobre aquella mujer se acumularan más de doscientos años de existencia. Cuando fue a tocarla, una mano le retuvo.

—No lo hagas —escuchó decir al anciano guardián del templo—. Ya has visto más de lo que un mortal ha podido ver jamás. Ni siquiera nosotros, sus sacerdotes, hemos visto jamás la Voz de Apolo... El dios quiso que sus sacerdotes fueran ciegos.

—¡Pero no ha contestado a mi pregunta! ¡No ha dicho ni una sola palabra que un hombre pudiera entender! —contestó Egeo, aún estremecido ante la imagen que acababa de contemplar—. ¡No ha respondido a mi pregunta...!

—Apolo no responde; el dios advierte —y tendiéndole una tablilla, añadió—: Y esto es lo que el dios te advierte:

ASKOU TON PROUKHONTA PODA MEGA PHERTATE LAON  
ME LUSEIS PRIN DEMON ATHENEON EISAPHIKESTHAI

El Señor de Hombres tomó la tablilla y repitió lentamente las palabras de la Pitia: «El cuello que sobresale del odre, oh el mejor de los hombres, no lo desates hasta llegar a Atenas».

—¿Que no desate el cuello del odre? ¿Por la sangre podría de la Hidra! ¿Qué quiere decir esto? —se atrevió a blasfemar Egeo cuando, ya bien entrada la noche, estuvieron lo bastante lejos del templo de Delfos como para no excitar la ira del dios.

—Si así lo deseas, Señor de Hombres Egeo, podemos ir a preguntarlo a algún otro oráculo, al de Lebadea,

por ejemplo... Al menos allí se manifiestan a través del sueño —dijo Lykos, entre risas que fueron secundadas por el resto.

—¿Por qué tan cerca? Podemos cabalgar unos doce días más sin dormir hasta el oráculo de Zeus en Dodona —prosiguió Esténelo—. El rumor de las hojas de los árboles y el silbido del viento con el que Zeus contesta es más fácil de comprender que los mensajes de la Pitia.

—No creo que sea necesario —dijo a su vez Nykteo, con rostro serio—. Creo haber averiguado el sentido del oráculo.

—¿Sabes qué significan las extrañas palabras del oráculo, Nykteo? Entonces, explícalas sin demora, y si tu interpretación me parece convincente, te librarás de montar guardia cuando nos detengamos a dormir —contestó Egeo, mirándolo con un gesto de duda.

—El significado del oráculo es claro —comenzó a decir Nykteo—: El dios ha dicho que no vuelvas a mear hasta que lleguemos a Atenas —y rompió en una sonora carcajada.

Todos celebraron el ingenio de Nykteo y golpearon sus muslos con gran algarabía.

—Me parece, Nykteo —dijo el wánax, en venganza por la broma que habían hecho a su costa—, que harás guardia toda la noche, como tu propio nombre indica. ¿Ves cómo yo también sé interpretar las palabras? Además, puedes empezar ahora mismo. Nos detendremos aquí. Nos espera un duro viaje. Aún no volveremos a Atenas.

A pesar del cansancio, ninguno de los tres guerreros se atrevió a poner ninguna objeción a la decisión de su wánax: ni siquiera osaron preguntarle cuál era el rumbo

que a partir del día siguiente tomarían. Él lo declararía sin que se lo pidieran y, si prefería mantener calladas sus intenciones, ya lo descubrirían cuando llegaran al lugar de destino.

Así, bajo los pinos de un bosque que se encontraba en la ruta hacia Tebas, la ciudad de Cadmo, tras despojarse de sus vestimentas guerreras, el yelmo de colmillos de jabalí y el grueso coselete de lino reforzado con láminas de bronce, los cuatro jinetes se dispusieron a pasar la noche al raso.

—¿Conocéis la historia de la fundación de Tebas, la ciudad de las siete puertas? —dijo Esténelo, interrumpiendo el murmullo de los árboles y los inquietantes graznidos de las aves nocturnas.

—¿Y qué si la conocemos? —contestó Nykteo desde su puesto de guardia—; nos la vas a contar de todos modos. Es lo único que hacéis los viejos, contar tonterías que no interesan a nadie.

—Deja que la cuente —intervino Egeo—. Es un buen conjuro para que nos visite el dios de los sueños y podamos dormir.

—Os contaré cómo se fundó Tebas. Yo no digo que fuera así —comenzó a relatar Esténelo, el más veterano de los lawagetas de Egeo—, sólo digo que lo cuento tal y como a mí me lo contaron. Según dicen, Zeus, el padre de dioses, se enamoró de Europa, la hija del rey Agenor, y, para seducirla, fue hasta las playas de Fenicia y se apareció ante ella bajo la forma de un hermoso y manso toro. Zeus tomó esta figura para que la joven confiara en él y se acercara sin temor...

—Esténelo, ¿no entiendes que somos tus compañeros, guerreros aqueos, y no tus nietos? —interrompió Nykteo.

—¿Por qué no te callas tú? —gritó Lykos, tumbado junto a la hoguera—. ¡Me estaba quedando dormido y me has despertado!

—Continuaré —dijo Esténelo—. El caso es que Europa montó sobre el lomo del toro y éste se fue adentrando en el mar poco a poco, sin que la muchacha lo notara, hasta que hubieron avanzado tanto en las aguas que la joven no pudo escapar. Así fue como Zeus la llevó hasta algún lugar desconocido, donde yació con ella. ¿Queréis vino? Bueno, continuaré. Cuando Agenor supo que su hija había desaparecido, envió a sus hijos a buscarla por todos los rincones del mundo. Y a Cadmo le correspondió venir hasta estas tierras que pisamos, junto a sus hombres. ¿Adivinaréis qué hizo Cadmo? —se detuvo un instante y volvió a beber—. Lo primero que hizo fue consultar el oráculo de Apolo, como nosotros. ¡Ah, por eso me ha venido a la cabeza esta historia! ¡Se acabaría el mundo antes de que supiérais qué le contestó la Pitia...!

—Que no desatara el cuello del odre —sonrió Nykteo.

—Le dijo —continuó Esténelo, haciendo caso omiso a la broma de Nykteo— que siguiera su camino hasta que encontrara una vaca con una marca peculiar sobre su lomo, dos lunas sobre sus ijadas; y le encomendó que la siguiera y que, sobre el lugar que ésta se tumbara a descansar, fundara una ciudad. Cadmo hizo lo que la voz del dios le había indicado y, tras encontrar y seguir a la vaca, llegó al lugar donde habría de fundar la ciudadela de Tebas. Así que Cadmo y sus hombres trazaron con un arado el contorno de la ciudad, marcando en él las siete entradas sobre las que luego se levantaron las famosas Siete Puertas de Tebas. Las habréis visto si habéis estado allí.

Esténelo observó a sus compañeros, que lo miraban como quien espera la conclusión de un cuento. El viejo bebió de nuevo y continuó:

—Para consagrar la nueva ciudad a una divinidad, como bien sabéis, tenían que hacer un sacrificio, pero les faltaba el agua purificadora, así que Cadmo envió a sus hombres a por ella. Éstos llegaron a un manantial (algunos dicen que era la fuente Castalia), pero ocurrió que estaba custodiado por la monstruosa serpiente del dios de la guerra Ares. Esperad, esperad todavía un poco, que ahora viene lo mejor. La serpiente devoró a todos los soldados; sin embargo, Cadmo, advertido por la diosa Atenea de lo que había ocurrido, dio muerte a la serpiente, vengando así a sus compañeros. Siguiendo los consejos de la diosa, Cadmo sembró los colmillos del monstruo en la tierra y al instante brotaron de ella innumerables guerreros completamente armados y dispuestos a atacarle. Una vez más, la diosa se puso de parte del fenicio y le dijo que arrojara piedras en medio de ellos con el ánimo de confundirlos. Efectivamente, los guerreros, desconcertados, creyeron que entre sí se estaban lanzando piedras y se atacaron unos a otros hasta que sólo quedaron en pie cinco de ellos, los Hombres Sembrados, los antepasados de los tebanos que hoy habitan la ciudadela. Luego ocurrirían muchas cosas, algunas ciertamente maravillosas, como cuando Cadmo tomó por esposa a una hija del dios Ares para reconciliarse con él. Esa joven se llamaba Harmonía, pero la historia de las bodas de Cadmo y Harmonía será para otra ocasión...

—Pero... Esténelo —intervino nuevamente Nyk-teo—, ¿qué ocurrió con Europa? ¿La encontró o no la encontró? ¿Qué fue de la hija de Agenor?

—Bueno, ésa es una historia... muy larga. Yo sólo quería contar cómo se fundó Tebas. Quizá te lo cuente cuando te interesen las historias de viejos.

Los otros dos guerreros ya habían caído en brazos del sueño y había mucho camino que recorrer en la jornada siguiente. Bajo el manto oscuro de la noche, sólo se oían los rumores de sus criaturas más salvajes.